



LIGIA AMADIO

LA DIRECTORA DE ORQUESTA

Detrás de bambalinas espera a que el concertino ejecute el tono que afinará a la *Filarmónica de Montevideo*. El auditorio enmudece y entonces avanza, hace una reverencia, la aplauden, abre la partitura, alza los brazos y comienza su tarea. ¿Qué cambia cuando quien tiene la batuta calza tacones?

POR YELLY BARRIOS. FOTOGRAFÍAS: PABLO RIVARA.

L

lueve y ella cruza la calle con porte elegante, con paso firme, como quien creció en una metrópolis y ahora vive en una capital de provincia. Cruza la calle y es un día más en su vida como directora de orquesta. Ligia Amadio, quien creció en San Pablo y cruzó avenidas con más carriles que las tres arterias principales de Montevideo juntas, se abre paso entre los automóviles en diagonal al Teatro Solís. Lleva con ella dos carteras. En una tiene objetos personales y en la otra, partituras y una cámara de fotos digital.

Desde el 31 de enero de 2017 es directora artística en la Filarmónica de Montevideo. Es la primera mujer en asumir el cargo en Uruguay y fue también la primera en buena parte de las orquestas que ha dirigido en sus veinte años de carrera.

Desde el 19 al 21 de octubre liderará el Segundo Simposio Internacional de Mujeres Directoras de Orquesta. El evento traerá a Uruguay a maestras de gran talento (procedentes de Argentina, España, Cuba, Brasil, entre otros países) para debatir acerca de los desafíos cotidianos de esta tarea. Aquí la historia de una directora que contempla, en más de una ocasión, la circunstancia de muchas.

El 16 de mayo de 2017, después de cinco meses de inmersión en los entretelones de su nueva vida, Ligia Amadio se presentó por primera vez en público como directora titular de la Orquesta Filarmónica de Montevideo.

Aquella noche la maestra salió del camerino, escuchó la afinación del concertino detrás del telón y esperó a que el ambiente se quietara. Al salir a escena el público aplaudió y ella retribuyó con un saludo. Después inició la inter-

pretación del prelude de *Idilio*, obra del compositor uruguayo César Cortinas.

—Fue hermoso— comentó entre bastidores al finalizar la primera parte del programa.

Transcurridos unos minutos alguien le avisa del comienzo de la segunda parte. La directora se tomó un momento para recuperar la concentración: inspiró, giró su cuello de lado a lado y puso las manos unidas por las palmas ante su rostro. Expiró. Reiteró el rito. Colocó la espalda recta y caminó de regreso al escenario. Otra vez los aplausos, la reverencia, la dirección.

Ahora la partitura le exige más brío y la maestra se agita y transpira. Las gotas de sudor resbalan en cámara lenta desde su sien, una cuelga de la nariz, otra cae sobre la partitura. La tensión de la *Sinfonía n.º2, op.27 en mi menor* de Sergei Rachmaninoff se mantiene. El cuerpo nota el esfuerzo,

hace hora y media que está de pie. Ella gesticula con vehemencia y demanda a los músicos el *tempo giusto*. Ella es un instrumento más. Es un relámpago de presencia absoluta.

En el brevísimo espacio entre el final de la música y los aplausos, agacha la cabeza y se besa el puño izquierdo con los ojos cerrados, halaga a los intérpretes y se va.

—Un pañuelo por favor— pide con prisa detrás del escenario.

El cargo que ocupa la brasilera la hace transpirar también en el día a día, donde además de la música, la ocupan tareas propias de un gerente de recursos humanos: contempla deseos, frustraciones, tedios, disgustos y ansiedades multiplicadas por cien, que son las personas que componen la orquesta.

—El trabajo en la sala de ensayo requiere un régimen estricto y autodisciplina. Nunca me preparé intelectualmente para esto, la vida me fue enseñando. Así como no tenemos formación para enfrentar las decepciones, ni para el amor, ni para tener hijos, ni para tener sexo. Ya ves, nadie nos prepara para las cosas más importantes. Aprendemos a tropezones.

Como la mayoría de sus colegas, Ligia Amadio aprendió lidiando con las orquestas. Así y todo, sabe que pasó por alguna prueba extra en comparación con sus pares masculinos. Es que en este puesto no solo el sexo del aspirante hace la diferencia, también cuenta la edad, la nacionalidad y el conservatorio en el que se recibió. Un caso paradigmático es el de la Orquesta Filarmónica de Viena que esperó 174 años para admitir que una directora llevara la batuta. Le tocó en suerte a la australiana Simone Young cinco años después del cambio de milenio.

En una lista de las diecinueve directoras más influyentes del siglo XXI —divulgada por *Classical Music*, *The official website of BBC Music Magazine*— solo tres son hispanoamericanas: la uruguaya Gisele Ben-Dor, la cubana Odaline de la Martínez y la mexicana Alondra de la Parra. El mismo portal seleccionó en otro artículo a los vein-

te mejores directores de orquesta de todos los tiempos. En esa lista no figura ninguna mujer.

Era año bisiesto. Los Beatles fueron recibidos por miles de fanáticos en Estados Unidos, Jean-Paul Sartre rechazó el *Nobel de Literatura* y Brasil sufría las primeras consecuencias del golpe de estado del 31 de marzo de 1964. Cinco meses después, el lunes 21 de agosto, en una casa chiquita en un barrio de inmigrantes en San Pablo, se celebró la llegada de la primogénita de los Amadio: Fernando, el padre, era “un genio” de la mecánica que forjó de cero su propia empresa. María Ligia De Freitas, la madre, era “una mujer extraordinaria”, profesora de yoga y terapeuta holística. Ambos herederos de sangre italiana y portuguesa, ecuménicos que bautizaron a la pequeña como Ligia.

Creció siendo una niña muy tímida hasta que escuchó el coro de la iglesia a la que asistía su madre. Esas voces, y un órgano de tubos impetuosos, le despertaron la curiosidad por la música. Tenía cinco años y deseó aprender a tocar el instrumento. Los padres compraron un piano y le buscaron un profesor.

Creció como la mayor de cuatro hermanos: Fernando Junior, Marcos y Ricardo: una luz para ella, en el seno de una familia unida. Así es que habla de su infancia con ternura y añoranza, sobre todo cuando recuerda las vacaciones sin mapa en las que los seis se subían al auto y se adentraban en carreteras de tierra hasta toparse con la selva o con el océano. A veces el auto se les quedaba y empujaban entre todos para salir adelante a fuerza de voluntad. Una voluntad que le enseñó a resistir las épocas más difíciles.

Más tarde, a la vez que avanzaba en su profesión, descubrió en la fotografía un tesoro para encapsular buenos momentos. Así es que su cámara va con ella a todos lados, incluso a las entrevistas. Algún día, dice, hará una retrospectiva con sus recuerdos.

En su primer día de trabajo en el Teatro Solís Ligia Amadio llegó puntual.

Enunció unas palabras de bienvenida y se acercó al concertino Daniel Lasca a quien saludó con un apretón de manos y siguió así fila por fila preguntándole a cada uno de los músicos ¿cómo te llamas?

—La labor del director es poco comprendida. El director tiene que dominar un instrumento compuesto de cien partes. Debe ser profesional en lo musical y tener algo de psicólogo y algo de mago— comparte Lasca.

Desde su primera presentación en Uruguay, el 2 de julio de 2011, Ligia Amadio sembró admiración en personajes clave del engranaje cultural y político, y en el público. Tras aquella intervención regresó al país en 2012, en 2015 y en 2016.

Álvaro Méndez, coordinador de la Filarmónica de Montevideo, resume así el proceso de contratación de la maestra brasilera:

—Históricamente las orquestas han discriminado a la mujer, sobre todo en algunos roles como el de director. Es una carrera difícil, no hay tantas que utilicen esa opción como un camino. Buscamos mujeres y buscamos que tengan buen nivel. Ligia tiene un ángel, es difícil escucharla un rato y no quererla un poco más.

Fueron los músicos quienes tras una deliberación interna la propusieron integrando una terna junto a los maestros Stefan Lano y Dante Anzolini. Luego, el gobierno departamental tuvo la última palabra.

—Convertirla en directora artística era una cuestión de inflexión histórica. Ligia es reconocida, es respetada, deja huella en los lugares en los que está. Se ha hecho sola, con fortaleza, con vocación y constancia. Ella es armadora de orquestas— explica Augusto Techera, actual director de programación del Teatro Colón de Buenos Aires y asesor cultural de la Intendencia de Montevideo durante el período de elección de la maestra.

En tanto Alejandra Moreira, violinista y solista en la Filarmónica, habla de la directora con confianza. Ve en ella a una persona activa, quizás demasiado para los ritmos de la administración pública.

“Cuando pido algo a la orquesta quiero realmente eso. Es necesario tener convicciones musicales. Sin esto tú no te paras en un pedazo de madera en el que tendrás delante de ti a cien profesionales de prestigio”.



—Su fortaleza es el entusiasmo, las ganas, la creatividad, las ideas que tiene y cómo quiere que los músicos seamos valorados. Entre las debilidades que le noto, quizás, es que a veces es un poco explosiva. Tiene motivos, nosotros no siempre somos un foco de disciplina.

Ligia Amadio tenía diecisiete años cuando pasó las pruebas de admisión en la Universidad Estatal de San Pablo y se inscribió en la Escuela Politécnica de Ingeniería y en el coro estudiantil. De 8:00 a 12:00 asistía a clases, durante el almuerzo se iba a la sala de ensayos corales, y de 14:00 a 18:00 regresaba al aula. Así durante varios semestres.

—Enloquecí realmente. Entré en una crisis existencial tremenda. Me despertaba y lloraba, lloraba y lloraba. Fue importante el proceso porque ahí tomé mi decisión de ser directora.

Pero se obligó a terminar lo que había empezado. Tiempo después, ya con el título de ingeniera guardado, se recibió en dirección orquestal en la Facultad de Música de la Universidad

Estatal de Campinas. Tenía veintisiete años y se sentía demasiado vieja.

El gran momento en el que despegó su carrera ocurrió en Cuba el 6 de febrero de 1991. Una colega que conoció en Brasil la invitó a dirigir la Orquesta Sinfónica de Matanzas.

—Ahí empecé a tomar coraje. Fue de película, me encontré con un país maravilloso. Me alojé en un hotel para cubanos y eso fue lo mejor porque viví una experiencia auténtica. No quería irme.

Un concierto la guió al siguiente y cuanto más experiencia adquiría más conocía la realidad de su tarea. La alegría del desempeño de la profesión se antepuso a los reveses del ejercicio cotidiano en el que sintió en carne propia las diferencias de trato en comparación con sus colegas masculinos. Durante años siguió adelante sin prestar atención a esos detalles hasta que cambió de opinión.

Tal descontento originó, en octubre de 2016, el primer *Simposio de mujeres regentes*. El movimiento reunió en Brasil a ochenta y ocho maestras, entre

ellas Marin Alsop, una de las máximas figuras actuales, titular de la Baltimore Symphony Orchestra y la São Paulo Symphony Orchestra. Allí formalizaron un espacio de reflexión con el que aspiran a generar un cambio en las oportunidades profesionales que tienen las mujeres con respecto a los hombres desde dentro del sector. Este octubre de 2018 la experiencia se repetirá en Uruguay.

—Aquel encuentro fue catártico. Yo estaba muy molesta con algunas cosas que vivía y le consulté a unas colegas si les pasaba lo mismo. Todas me dijeron que sí.

Yeny Delgado, directora cubana, una de las convocadas para aquella primera ocasión y que estará presente en la segunda, celebra que se realicen encuentros así para compartir experiencias.

—Esta es una profesión como cualquier otra, como ingeniera, como arquitecta, como abogada, no hay sexualidad sobre un puesto de trabajo. No somos pocas las que estamos en esto, lo que pasa es que no somos tan conocidas como los hombres, justamente porque

ellos tienen mayor ventaja de contacto. No es que sean mejores, hay una tolerancia mayor sobre el director masculino. La mujer debe pasarse toda la vida demostrando que es capaz.

Alejandra Urrutia, otra de las participantes del encuentro, titular de la Orquesta de Cámara del Teatro Municipal de Chile y asistente del director Iván Fischer en Europa, pone la atención en las dificultades cotidianas, sobre todo en la sala de ensayo donde verdaderamente se pone a prueba un director.

—Esta tarea tiene que ver con la música, por eso el desafío es recibir una orquesta y al retirarse dejarla mejor. Los maestros en el podio no están para ser ovacionados, ni para ser queridos, están para lograr la mejor interpretación.

Esto es lo que buscaba Ligia Amadio cuando se enfrentó a una de las circunstancias más incómodas de su trayectoria. Ocurrió en México. La orquesta estaba en la sala de ensayos lista para empezar el trabajo, la maestra pidió silencio y comenzó a dirigir. Minutos más tarde se concentró en el solista designado para el concierto:

un violinista que reducía un compás de cuatro tiempos a uno y la orquesta entera debía acomodarse para seguirlo. La maestra intentó corregirlo sin éxito una vez, una segunda y una tercera. “Querido tienes que esperar”, le dijo. Él, porfiado, repetía el error. En el ir y venir aumentó la tensión, hasta que desde la última fila del auditorio se escuchó un grito. “Maestra, maestra”, rezongó una mujer acercándose con la mano en ristre hacia el escenario.

—Ella vino caminando hacia mí con violencia, diciendo que yo no podía decir aquello porque él era su alumno, enseñándome lo que tenía que hacer. Ahí me vino la sangre italiana y la expulsé.

Desde entonces Ligia Amadio cree que aquella intrusa sintió el derecho de gritar de ese modo porque era una mujer la que estaba en el podio.

—Esa fue una de las experiencias más chocantes de prejuicio que sufrí en mi vida como directora. La mujer forma parte del problema y no debería.

Roberto Herrscher, crítico de música clásica, encuentra magnetismo en la manera de dirigir que tiene Ligia Amadio.

Habitué del circuito europeo y del latinoamericano, conoce el escaso espacio que se le adjudica a la mujer en el sector.

—Es curioso porque el arte, que es tan sensible, ha sido mucho más renuente a la paridad y más machista, no solo en la música clásica. Digamos que no son mayoría los casos de una mujer liderando una banda de rock.

Herrscher conoció a la brasilera en el teatro de la Universidad de Chile. El programa era Carmina Burana.

—Fue una noche coreográfica. Los gestos del director están creados por y para hombres, uno está acostumbrado a esa circunstancia y cuando la ves a ella de ninguna manera piensas que le es extraño ese lenguaje. Incluso creo que encontró su forma de transmitir autoridad y poder de una manera completamente femenina.

Por eso los directores de orquesta son como tamices por los que pasa la melodía y por el que se filtran sus experiencias vitales. Por eso para Ligia Amadio subir al podio significa coraje.

—No es que uno piense que su interpretación musical es la mejor o la

única, pero tiene que amar la suya, ¿me entiendes? Estoy convencida de lo que hago. Cuando pido algo a la orquesta quiero realmente eso. Es necesario tener convicciones musicales. Sin esto tú no te paras en un pedazo de madera en el que tendrás delante de tí a cien profesionales de prestigio.

Sostenerse en carrera es un ejercicio de preparación continua, un encuentro con la soledad y el silencio en el que se templa el carácter.

—No me creo importante. Todos tenemos un súper ego que nos hace sobrevivir y yo busco controlarlo. Todo me parece un circo. Nosotros somos medios para que la música escrita por un compositor permanezca viva. Somos sencillos medios para que alguien escuche algo que otro escribió hace doscientos años.

El mediodía del 16 de mayo de 2017, con el rigor de un ejército, la Filarmónica se preparaba para el ensayo general del concierto que abriría la temporada sinfónica esa misma noche.

En el escenario maestra, músicos y asistentes van y vienen de manera desordenada hasta que un golpecito de la batuta en el atril convierte un barullo de gallinero en armonía. Son las 12:32, el concertino se pone de pie y afina la orquesta. Un gesto de la maestra en su puesto silencia los murmullos sobrantes. Entonces, ella da unas indicaciones y comienza.

La mano izquierda toma un puñado de espacio, como si atrapara una nota perdida del *Concierto para la mano izquierda* de Maurice Ravel. Sus piernas y pies van al compás y ella parece una bailarina que dirige hasta que un desajuste la frena. Con el ceño fruncido pasa de a una las páginas de las partituras, masculla algo indescifrable a la distancia y acelera el ritmo. Disfruta el proceso y cuando es necesario reclama disciplina, criterio o más intensidad.

—Violines, hay que escuchar ¿sí? ¡Bravo ustedes allá! ¡Así!

Ligia Amadio transpira al ejecutar su tarea ante la orquesta.

—Muy bien, fue un lindo trabajo, pero me falta algo que espero que esté en la



“Aquel encuentro fue catártico. Yo estaba muy molesta con algunas cosas que vivía y le consulté a unas colegas si les pasaba lo mismo”. Todas me dijeron que sí.

noche: pasión. Enamórense, de alguien, de algo, del universo, de lo que sea. Acá falta entrega. Yo espero que ustedes que normalmente son tan apasionados para todo, lo sean para la música. Y a ustedes que tocan el violín, por favor, hagan el arco, así, con todo su cuerpo. Vamos, tocan un instrumento hermoso. Les juro, yo no toco el violín, todavía.

Diego Fischerman, crítico de música clásica galardonado con la *Orden de Caballero de las Artes y las Letras* de la República Francesa, define lo que sucede en el sector como parte de un proceso. Así pasó con ciertos instrumentistas. Por ejemplo recién ahora se consolidan mujeres saxofonistas y a la inversa, hombres que tocan el arpa. No hay nada en la naturaleza de los instrumentos, explica, que los haga ser así.

Tiene que ver con la aceptación social que muchas veces repercute en las decisiones personales.

—Les ocurrió a los hombres en la danza clásica durante mucho tiempo. Al revés pasaba que una mujer que decidía emprender acciones que la hacían parecer masculina, como manejar, debía enfrentar al comienzo de ese proceso que la miraran de reojo. Era un destino difícil de elegir. Me parece que aquí pasa lo mismo, en la medida que hay más directoras mujeres eso abre la puerta a que otras se imaginen en el podio. No hay nada que nazca sin una imaginación primero y para que eso suceda debe haber rebeldía o aceptación social. Hay vocaciones que nacen en oposición y otras que nacen siguiendo una cierta corriente. □

